La cucharilla del segundo servicio

Texto original de Shyvirelle

La primera cucharilla apareció en una bandeja que Beatriz no había autorizado. Era de acero corriente, con el mango levemente doblado y una marca de reparación junto al cuello. Alguien la había dejado sobre un platillo vacío al lado de dos rebanadas de pan y una taza de té.

En la residencia Los Tilos no se improvisaban servicios. Cada bandeja llevaba una tarjeta con el nombre de quien iba a recibirla, y Beatriz, responsable de la cocina, comprobaba el número antes de abrir el montacargas. Aquella no tenía tarjeta. En el libro de reparto, la última habitación figuraba como la 18. La bandeja llevaba escrito «19» en la base, con lápiz.

Beatriz devolvió el té a la cocina y preguntó quién había sacado el servicio. Nadie contestó. A la mañana siguiente apareció otra bandeja, esta vez con una cucharilla distinta: acero sin brillo, pero la misma pequeña muesca cerca del mango. No era un defecto de fábrica. Beatriz había visto una marca así en cubiertos de plata cuando una persona los llevaba a reparar.

La desaparición del juego de plata ocurrió el mismo día. Era un servicio para seis personas, guardado en una caja forrada de terciopelo, destinado, según el administrador, a las visitas del consejo. Beatriz lo había contado al limpiar el aparador: seis cucharillas, seis tenedores de postre, seis cuchillos. Ahora la caja estaba vacía.

—No diga que han robado nada —le advirtió el administrador, Roldán, desde la puerta—. Primero revisaremos el inventario.

—Entonces revisémoslo. El inventario dice que la caja está llena.

—Y seguirá diciéndolo hasta que sepamos dónde se ha puesto.

La respuesta dejó a Beatriz con una inquietud nueva. No era solo la pérdida de la plata: alguien podía mover objetos y bandejas sin pasar por los registros y, para Roldán, el problema parecía ser la palabra empleada para contarlo.

Esa tarde llegó Teresa, antigua camarera de Los Tilos, a recoger unas cajas que había dejado cuando se jubiló. Beatriz le mostró las dos cucharillas. Teresa examinó la muesca y pidió ver el reverso de una de ellas.

—Esta reparación la mandé hacer yo —dijo—. Pero aquí hay una confusión. Las que repararon eran de plata.

En la vieja factura, conservada entre manteles, figuraba el nombre de Nieves Valera. Teresa explicó que Nieves había pagado con su dinero aquel servicio para el pequeño comedor de una habitación del ala norte, donde le gustaba recibir a otras residentes a tomar té. Había hecho grabar una inicial diminuta en el reverso de cada mango. Un día, una de las cucharillas se partió y el platero dejó una pequeña media luna en la unión.

Beatriz llevó una cuchara de acero a la luz. Sobre el reverso no había inicial. No era la cucharilla reparada, sino una sustituta marcada deliberadamente en el mismo lugar.

—Entonces alguien quiere que la reconozcamos —dijo.

Teresa dejó su caja a un lado.

—Quien vive en la habitación de arriba lleva semanas intentando que le contesten por escrito.

—El ala norte está cerrada por reformas.

—Eso le dijeron también a la gente que tiene las llaves.

La puerta de aquel corredor no estaba precintada. Al otro lado, el suelo estaba limpio y la luz de una habitación permanecía encendida. Beatriz llamó antes de entrar. Una mujer sentada frente a una mesa de lectura dejó un lápiz en un cuaderno y les dijo que podían pasar si iban a escuchar una explicación completa.

Nieves Valera no parecía sorprendida de verlas. Sobre su mesa había un sobre con recibos, un contrato de alojamiento y una lista de fechas. No pidió que hablaran por ella. Preguntó primero si Beatriz había recibido las cucharillas.

—Las puse en las bandejas para que llegaran a cocina —dijo Nieves—. Mi comida sigue llegando, pero mis escritos no salen de aquí.

—¿Quién prepara sus bandejas?

—El auxiliar de mantenimiento las deja en el corredor cuando trae el carro. No sabe que la habitación falta del registro. Cree que es una entrega de cortesía.

Nieves explicó que meses atrás habían reparado una tubería y cambiado las numeraciones del ala norte. Su habitación, la 19, se había trasladado provisionalmente a una estancia que antes era un despacho. Durante el traslado a un nuevo programa de administración, su ficha quedó marcada como «salida definitiva». Ella descubrió el error cuando dejó de recibir convocatorias a las reuniones de residentes. Roldán lo admitió en privado, pero insistió en que corregirlo exigiría una revisión de las cuotas y del dinero ya registrado como devolución.

—Yo no me fui —dijo Nieves—. Sigo pagando. Tengo los comprobantes y la llave. Me quitaron del listado porque era más cómodo no explicar el error. Me pedían paciencia, pero cada mes la paciencia empezaba de nuevo.

—¿Por qué no salió a reclamar delante de todos? —preguntó Beatriz.

—Lo hice. En recepción me dijeron que no podían tramitar la reclamación de alguien que no figuraba como residente. Después me ofrecieron esperar aquí mientras lo arreglaban. Esperé demasiado. He llamado a mi familia y tengo copia de todo, pero quería que quedara constancia dentro de la residencia antes de ir más lejos.

Beatriz miró las cucharillas del pequeño comedor. Las seis eran de acero y todas llevaban una media luna hecha con una lima. Nieves no había confundido un objeto con otro: había elegido reproducir la marca para que Teresa o alguien que conociera el viejo servicio preguntara por su dueña.

—¿Dónde está la plata? —preguntó Beatriz.

Nieves abrió el cajón y sacó una servilleta. Dentro había una cucharilla de plata, con una «N» casi borrada y la reparación original.

—La encontré cuando trajeron el aparador para la reunión del consejo. Reconocí la marca. Pedí el juego y me dijeron que estaba reservado para las visitas. Yo lo pagué para compartirlo aquí; nunca autoricé que lo convirtieran en adorno. Guardé esta para demostrarlo. Las otras piezas siguen en el armario de Roldán.

Teresa dejó escapar un suspiro. Había encontrado el rastro del juego, pero todavía faltaba explicar cómo se había vaciado la caja del aparador. Nieves mostró una anotación de entrega firmada por el administrador: «Traslado provisional para acto institucional». El traslado se había realizado sin actualizar el inventario público.

Beatriz llevó los documentos a la oficina. Roldán los examinó sin levantarse.

—Este asunto no le corresponde a cocina.

—Las bandejas sin destino sí. Y el juego de plata figura como perdido en un inventario del que usted se hace responsable.

—Si elevo el cambio, nos pedirán explicar meses de registros. Podríamos resolverlo discretamente.

—Discretamente ya lleva meses sin resolverse. Necesitamos que Nieves decida cómo quiere que conste y que alguien lo firme.

Nieves entró por su propio pie, con Teresa detrás. Dejó sobre el escritorio una carta que había redactado esa mañana: exigía recuperar su identidad en los registros, conservar el historial de sus pagos y corregir la ubicación de sus pertenencias. No pedía que omitieran el error para proteger a nadie.

—No quiero una disculpa que se pierda al cerrar esta puerta —le dijo a Roldán—. Quiero una copia fechada.

El administrador comprendió que ya no podía resolver el asunto moviendo un objeto de un armario a otro. Llamó a la secretaria del consejo para concertar una revisión documental con la residente presente. Nieves firmó las actas después de leerlas. Se restituyó su ficha, se anexaron los comprobantes y se rectificó el número de habitación. El juego de plata volvió al pequeño comedor con una lista de piezas firmada por Nieves, Beatriz y Roldán. La caja del aparador se registró como vacía; no como desaparecida.

Al día siguiente, la bandeja de Nieves llegó con su nombre completo y sin número escrito a lápiz. Beatriz la revisó antes de enviarla. Sobre el platillo descansaba una cucharilla de acero, sencilla, sin muesca. Era la que Nieves había elegido usar a diario para no desgastar su antiguo juego.

Roldán ya no dejaba los inventarios a cargo de Beatriz sin supervisión. En las reuniones evitaba pedirle opinión y mandaba a otra persona a la cocina cuando necesitaba algo. Ella había perdido su confianza, aunque no su puesto.

Una tarde, Teresa volvió a tomar té con Nieves. Beatriz pasó a saludar desde el umbral. En la mesa había tres tazas y una caja abierta con las cucharillas de plata. Nieves señaló la silla libre.

—Esta vez hay sitio para las tres —dijo—. Y, si alguien pregunta, aparecemos en el registro.